

Michel Foucault, otra disposición estratégica de las ciencias sociales*

David J. DOMÍNGUEZ

Universidad Complutense de Madrid, España

dadomi01@ucm.es

Mario DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ-PINILLA

Universidad Complutense de Madrid, España

mariodos@cps.ucm.es

De acuerdo con la convención habitual de las presentaciones, quisiéramos exponer aquí, de forma sucinta, las metas y los contenidos que albergan el presente monográfico, que trata sobre la utilización de las herramientas foucaultianas en un ámbito tan vasto, y a la vez tan dispar, como el de las ciencias sociales e históricas.

Decimos vasto y dispar porque, aunque todas compartan un acervo común de términos para referirse al mundo (capitalismo, Estado, mercado, poder, modernización, neoliberalismo, etc.), ninguna presenta —ni internamente ni en relación con las demás— un acuerdo con respecto al tipo de interrogantes que deben prefigurar las estrategias de investigación, ni tampoco en cuanto a la naturaleza de los procedimientos con los que ofrecer una respuesta. Estamos, pues, ante una situación que, lejos de reflejar un escenario paradigmático o de “ciencia normal”, se asemeja más bien a lo que Jean-Claude Passeron (1991) denomina, no sin ciertos matices, pluralismo metodológico. Un escenario en el que la diversificación de terrenos y el intercambio cruzado de métodos y cuestionarios se produce en ausencia de un programa de unificación metodológico; lo que significa que el análisis de lo social, entendido en sentido amplio, se ha transformado hasta límites insospechados, al punto de convertirse en una red móvil de investigaciones

* La coordinación de este número monográfico se ha desarrollado en el marco de la investigación “La contemporaneidad clásica y su dislocación: de Weber a Foucault” (Ref. PID2020-113413RB-C31) dentro del proyecto coordinado I+D+I Plan Nacional del Ministerio de Ciencia e Innovación: “Historia conceptual de la contemporaneidad” (IPs: José Luis Villacañas Berlanga y Rodrigo Castro Orellana) del que forman parte sus dos coordinadores David J. Domínguez y Mario Domínguez Sánchez-Pinilla.

Cómo citar:

Domínguez, David J. y Mario Domínguez (2022). Michel Foucault, otra disposición estratégica de las ciencias sociales. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 22(2), p2202.

en la que coexisten múltiples lenguajes de descripción y se entrecruzan miradas y formas de objetivación diferentes acerca de un mismo conjunto de fenómenos sociales (Revel, 1979: 1368).

Pues bien, es desde esta perspectiva desde donde hemos de entender las metas y los contenidos del monográfico, que toma como pretexto la figura de Michel Foucault, pero que huye al mismo tiempo de las lecturas que pretenden convertir su obra un mero corpus textual, a fin de comentar y/o restituir, de manera más o menos erudita, el “logos” o el “pensamiento” del autor. Tal forma de leer a Foucault ha dado sus frutos y ha hecho posible, entre otras cosas, una mejor comprensión de sus trabajos, al indicar las inflexiones y las continuidades de su obra, así como las afinidades y divergencias con las obras de otros autores. Con respecto a esto, nada tenemos que objetar; pero de lo que aquí se trata, por el contrario, es de proceder a otra clave de lectura del pensador francés. En concreto, se trata de profundizar en lo que Francisco Vázquez García (2021: 9-15), en un libro por otra parte imprescindible, ha denominado —siguiendo en esto a Bourdieu (1999)— “lectura de autor”, y que consiste —como el propio Foucault (1972) reivindicaba— en experimentar sus trabajos (sus conceptos, sus problematizaciones, sus estrategias discursivas) con una clara vocación práctica e instrumental, no ya como huellas o signos portadores de un significado a descifrar, al estilo hermenéutico, sino como algo que “sirve” o “funciona”, un instrumento o una caja de herramientas (*boîte à outils*) susceptibles de aplicarse (y mejorarse) en relación a contextos y problemáticas que no habían sido previstas inicialmente por Foucault.

El conjunto de artículos y ensayos que conforman este monográfico se inserta perfectamente en esta segunda clave de análisis. Para ello se han buscado aquellas aportaciones que incluyeran tanto una presentación de las investigaciones en curso como una alusión explícita a la manera en que los autores/as utilizan las herramientas foucaultianas en sus trabajos. Así pues, el hilo conductor que enhebra los materiales del monográfico trata, en cierto modo, de atender al siguiente tipo de cuestiones: ¿Cómo ha inspirado la obra de Foucault en la organización del material empírico empleado? ¿Qué problemáticas abordadas por el pensador francés guardan estrecha relación con sus investigaciones? ¿Qué planteamientos se hacen necesarios más allá de su obra? Y sobre todo, ¿con qué limitaciones se han encontrado al trasladar las herramientas de Foucault al análisis de problemas y situaciones no planteadas originalmente por él?

La respuesta a estos interrogantes constituye lo esencial del presente monográfico, lo que le otorga tal vez un carácter marcadamente singular en la vorágine de libros e intervenciones suscitadas a raíz de la obra del pensador francés. En un momento, además, en que la apelación a Foucault se ha convertido en santo y seña intelectual, algo así como un rito de consagración académica en las facultades de ciencias sociales y (sobre todo) en los Estudios Culturales¹, este monográfico pretende sin embargo incidir en

¹ Sobre este aspecto, véase Cusset (2008).

las potencialidades y las limitaciones asociadas a sus herramientas, contrastándolas al calor de investigaciones posteriores y de diversa procedencia intelectual. Lo que veremos pues en su interior no es una aplicación mecánica de sus planteamientos, es un inventario de los usos y los trayectos de investigación posibles que no siempre se ajustan a las periodizaciones y los asertos foucaultianos, pero que sin embargo guardan una estrecha complicidad con sus maneras de investigar y de diagnosticar el presente.

Esta es, a nuestro juicio, la manera más cabal de rendir homenaje a Foucault y a su modo de entender el trabajo intelectual. Pensar, pues, no *contra Foucault*, sino *con él* y *contra él*.

Sirva pues este monográfico como un intento de ejemplificar esto.

En otro orden de cosas, cabe señalar que este monográfico incluye las habituales secciones de la revista *Encrucijadas*: una primera sección dedicada a las *reflexiones*, con textos de **Francisco Vázquez García**, **Christian Laval** y los propios coordinadores (**Mario Domínguez Sánchez-Pinilla** y **David J. Domínguez**); una segunda en la que tienen cabida los *artículos* aceptados según los criterios de revisión por pares; a lo que se añade una extensa entrevista a dos de las personas que más han contribuido en España a la difusión y la aplicación de la metodología foucaultiana, como son **Julia Varela** y **Fernando Álvarez-Uría**. Y por último, cabe destacar la sección dedicada a los *ensayos bibliográficos*, que cuenta con las reseñas de **Jordi Riba**, **Adrián Marcos Grañena**, **Diego Rueda Torres**, **Carlota Carretero García** y **Gonzalo Ramos**, todas ellas escritas con rigurosidad y centradas en señalar las líneas maestras y los límites de los libros reseñados, casi todos de marcado carácter foucaultiano (*La Gran sed de Estado. Michel Foucault y las ciencias sociales*, de Arnault Skornicki; *Miserables y locos, Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*, de Fernando Álvarez-Uría; *Neoliberalismo y castigo*, de Ignacio González Sánchez; *Foucault, Bourdieu y la cuestión neoliberal*, de Christian Laval; *La burocratización del mundo en la era neoliberal*, de Béatrice Hibou; *Ir a clase con Foucault*, editado por José Luis Moreno Pestaña y *Cómo hacer cosas con Foucault. Instrucciones de uso*, de Francisco Vázquez García).

A continuación pasamos a sintetizar las problemáticas contenidas en cada uno de los artículos del monográfico, incluyendo la entrevista.

El artículo de **Francisco Vázquez García**, "Excelencias del pluralismo metodológico. Sobre mi manera de usar a Foucault", trata de presentar sintéticamente los principios que, derivados de la arqueo-genealogía foucaultiana, han guiado el conjunto de sus trabajos sobre sexualidad, género y biopolítica. De manera paralela al autor francés, Vázquez caracteriza su propia obra como un acto híbrido de filosofar a partir de "materias extrañas", en otras palabras, de plantear los problemas conceptuales con los utensilios proporcionados por las ciencias históricas. Reconoce que los instrumentos legados por

Foucault ocupan sin duda un lugar de primer orden en su trabajo, comenzando por el criterio agonístico, que consiste en mostrar que lo que se presenta como autoevidente y universal supone de hecho una usurpación que brota y se mantiene a través de un continuado ejercicio del poder entendido en clave estratégica. La perspectiva foucaultiana pone así entre paréntesis la presentación de los procesos históricos como paso del conflicto al equilibrio. A ello se le une que el proceder arqueo-genealógico rechaza invocar factores causales subyacentes que funcionarían como un *explanans* de los acontecimientos superficiales; más bien lo que propone es una descomposición del acontecimiento estudiado en los procesos múltiples e inmanentes que lo conciertan y que conlleva una desmultiplicación causal: explorar el acontecimiento en su plano de inmanencia, estudiando a escala reducida los grupos y estrategias asociados a un objeto de estudio, y tratando de mostrar la "microfísica del poder" inherente a este proceso. Junto a ello, la estrategia argumentativa de Foucault funciona mediante el extrañamiento al transformar lo que asumíamos de manera aproblemática como una estructura atemporal o invariante antropológica en un acontecimiento. Una perspectiva, por tanto, que nos obliga a adoptar un giro reflexivo, esto es, a la necesidad de interrogarnos por el propio lugar desde el que hablábamos. Y asimismo a aceptar el pluralismo teórico, pues en las ciencias históricas no funciona nunca un paradigma único, una teoría sobre el mundo social que, valiéndose de un léxico unificado, pueda ser falsada por los hechos; más bien lo que hay es una diversidad de paradigmas de inteligibilidad comparativa y tipológica, lo cual no significa ausencia de científicidad.

Las reglas históricas que establecen las condiciones de existencia del discurso se parecen por su exterioridad a los "hechos sociales" durkheimianos; establecen límites a lo que puede ser dicho y por lo tanto pensado en un estrato histórico determinado, posibilitan el juego del discurso, pero también tienen un carácter coactivo. De ahí la obligación de tratar los discursos en su dimensión de "exterioridad", lo cual se contrapone directamente al enfoque hermenéutico del lenguaje. Como historiador, Francisco Vázquez da cuenta que de un periodo a otro han cambiado las reglas de la práctica discursiva, de lo que puede ser dicho; así, por ejemplo, no puede hablarse de "enfermedad mental" o de "transexuales" en 1700. Para pensar arqueo-genealógicamente hay que abandonar la lógica "cosista", la lógica aristotélica, donde los predicados designan cualidades de sustancias que existen por sí mismas y donde la categoría de relación se subordina a la de sustancia. Más bien, el pensamiento arqueo-genealógico es un pensamiento relacional y por tanto antiesencialista. Por último, las investigaciones arqueo-genealógicas son "presentistas" en tanto que su ámbito de interrogación y punto de partida es el presente, no el pasado, es decir, proponen "diagnósticos del presente", tratan de esclarecer lo que nos pasa hoy, como arranque de un nuevo modo de pensar, de una "problematización". Así, los trabajos que Francisco Vázquez ha emprendido en relación con la sexualidad, el género o la biopolítica también tienen su punto de anclaje en nuevas experiencias y problematizaciones que se insinuaban en el presente.

Por su parte, el artículo de **Christian Laval**, "La productividad del poder", procedente de un seminario que pone en relación la obra de Marx y Foucault, apuesta por la hipótesis productiva del poder que sería la que más les acerca: es necesario analizar el poder "positivamente" para comprender no su naturaleza, origen o esencia, sino sus efectos, es decir, lo que produce y cómo lo produce. Eso implica abandonar la perspectiva jurídica del poder para estudiar lo que Foucault llama una "anatomía política", una "economía del poder" o una "economía de las relaciones de poder". En sus formas modernas, el poder no suprime o debilita las fuerzas supuestamente naturales y anteriores de la vida o la sociedad, no captura los recursos existentes, sino que organiza, estructura y compone las fuerzas para crear y maximizar los recursos disponibles para la minoría o para la mayoría. Es "un poder destinado a producir fuerzas" e incluso a "producir lo real". Cabe plantearse entonces en qué medida estos análisis "positivos" y "productivos" encuentran su inspiración en Marx, incluso cuando parecen diseñados para desmarcarse de una teoría marxista que tiende a hacer de la economía la "razón de ser" del poder político. Pues bien, Foucault es explícito acerca del doble uso que hace de Marx: un apoyo para analizar los mecanismos disciplinarios en la producción material, pero también una referencia para poner en el centro de la vida social la lucha de clases. Si Marx pudo escribir que "la condición del capital es el trabajo asalariado", Foucault añade que la "condición del capital es el cuerpo del trabajador". Lo cual equivale a decir que el poder del capital produce el cuerpo productivo y conforma la "clase obrera" a partir de una multiplicidad humana a la que hay que someter al régimen laboral. Marx había roto con el modelo proudhoniano del robo, preso del esquema de extracción, pues a su juicio el poder capitalista no roba, no opera mediante la toma de una producción realizada fuera del control del capital. Más bien el beneficio, en su forma capitalista, presupone la organización despótica de la producción, lo cual le abre todo el campo de lo que denomina "violencia económica" al tiempo que le permite analizar su despliegue en la industria moderna. Pero Foucault no se contenta con reproducir los análisis de Marx, sino que desarrolla dos nuevas direcciones. Por un lado, pretende ampliar la concepción de los factores y procesos que dieron origen al capitalismo, mostrando el conjunto de mecanismos positivos que fueron necesarios para la constitución de una fuerza de trabajo disciplinada. Esta ampliación del análisis completa el trabajo de Marx más de lo que lo contradice. Sin embargo, hay otra dirección que le lleva a superar un límite que Marx no cruza: la causa original de la extensión de las disciplinas en la sociedad no es el capitalismo. En realidad, él mismo está *condicionado*, e incluso *constituido*, por la importación al campo de la producción material de tecnologías políticas que fueron inventadas fuera de él y que tienen su propia historia, en parte independiente del desarrollo capitalista, aunque en algún momento se hayan convertido en "constitutivas" de ese modo de producción. Foucault extrae de Marx la idea de que la disciplina es, al mismo tiempo, un sub-poder, en el sentido de un infrapoder por relación al poder del Estado, y un sobrepoder, en el sentido de un poder concentrado y multiplicado sobre los individuos. De modo que el excedente de poder de

las disciplinas es la condición histórica y el mecanismo del excedente de valor. Para Foucault, ya se trate del capital o del Estado, el esquema marxista de explicación histórica mediante una totalización progresiva no se corresponde con la historia real, porque presupone una homogeneización económica de procesos y prácticas que inicialmente son heterogéneos.

Según Christian Laval, Foucault a veces selecciona y destaca en Marx lo que le parece una aportación importante y una ruptura decisiva. Pero también pone de relieve los vestigios que todavía hay en él de antiguas concepciones, por ejemplo, el apego a la figura de la soberanía en su teoría del Estado o una antropología residual que sigue haciendo del trabajo la esencia del hombre. Una inversión que es también una forma de liberar a Marx de un cierto determinismo económico. Sin embargo, también ocurre que, si Foucault piensa el poder con Marx, en ocasiones lo hace contra él, lo que implica “escindir a Marx”, revelando, contra toda ortodoxia, sus tensiones internas. Dos observaciones se deducen de lo anterior. De igual modo que no podemos hacer de la producción económica un nivel fundamental del que se derivarían todas las demás formas de poder y producción, tampoco podemos deducir del conflicto entre la burguesía y el proletariado todas las formas de conflicto y lucha. Las luchas de clases son múltiples, mucho más variadas de lo que ha planteado el marxismo. Foucault muestra que la verdadera novedad y la gran aportación de Marx, evidente en sus textos histórico-políticos, reside más bien en que las clases no están dadas antes de la lucha, sino que son el efecto de la lucha. La segunda observación se refiere al sentido del término *producción*. Hablar de una “hipótesis productiva” lleva obviamente a preguntarse de qué tipo de producción se trata. La fórmula no significa que la producción material sea primera, fundamental, dotada de un valor ontológico o antropológico superior a otras formas de producción. Por eso muestra la inconsecuencia de seguir viendo en el trabajo una característica de la naturaleza humana. Foucault, sin renegar de lo que había hecho antes y preocupado por una evaporación del imaginario político, de lo cual el marxismo no era ajeno, comprendió que entrábamos en una nueva época donde la “hipótesis productiva” debía transformarse en una “hipótesis inventiva” de nuevas formas de subjetividades. Dicha hipótesis se combina con la idea de la renovación constante de las luchas contra los poderes que se desplazan y modifican sin cesar, lo cual no solamente abre el espacio para estudiar las relaciones éticas con uno mismo, a las cuales Foucault consagrará sus trabajos de los años ochenta, sino que nos permite percibir hoy la posibilidad de nuevos modos de subjetivación política a través del desarrollo de luchas inéditas.

El artículo de los coordinadores del monográfico, **Mario Domínguez Sánchez-Pinilla** y **David J. Domínguez**, “La apuesta de Michel Foucault. Innovaciones epistemológicas para su posible uso en la Teoría social”, se sumerge más bien en cuestiones que recorren el proyecto general de investigación foucaultiano. Se trata, en concreto, de dilucidar el esbozo de lo que sería la dimensión epistemológica del proyecto de Foucault. En efecto, si la “ontología histórica de nosotros mismos” es un proyecto con una clara voca-

ción política, al mostrar las coordenadas y las condiciones de posibilidad en las que emergen y se constituyen las disposiciones históricas del presente y sus posibilidades, también es cierto que posee una innegable dimensión epistemológica. Así pues, demarcar las líneas de acción práctica es un ejercicio que debe estar respaldado por un tipo de actividad teórica consistente en mostrar el carácter contingente y artificial de las disposiciones prácticas y simbólicas en las que vivimos y experimentamos el presente.

Para ello los autores indican algunos de los procedimientos teóricos que entienden originales e innovadores por parte de Foucault, y que hacen posible el desarrollo de un análisis crítico desde la perspectiva de las ciencias sociales e históricas. El artículo organiza su exposición en tres epígrafes inspirados en las indagaciones foucaultianas: la cuestión de la epistemología plural, la búsqueda de factores coadyuvantes, no de mecanismos causales unitarios, la consideración de los enunciados como acontecimiento y por ende como rareza histórica, lo cual lleva al estudio de los regímenes de verdad y de la discontinuidad como herramienta epistemológica.

El artículo de **Salvador Cayuela**, "Hacia un análisis biopolítico de la discapacidad física: una propuesta metodológica", tiene como propósito ofrecer un bosquejo metodológico y conceptual para el estudio de la discapacidad física desde la obra de Foucault. Y todo ello, a pesar de que esta temática nunca fue un tema de interés para el pensador francés, y apenas aparecen referencias en su obra. No obstante, cabe considerar que los trabajos de Foucault han sido especialmente esclarecedores y útiles para analizar las discapacidades intelectuales. En parte porque la locura y la enfermedad mental, así como la institucionalización de la psiquiatría y la psicología o las propias instituciones psiquiátricas, fueron un lugar común en sus investigaciones. Pero sobre todo por el análisis del nuevo modelo del biopoder. Este poder, centrado en la vida, se conforma como una tecnología encargada de regular los procesos poblacionales en función de *cálculos de riesgos*. Es precisamente bajo esta lógica donde se inscriben tácticas y tecnologías como la vacunación infantil, las políticas de vivienda, los seguros sociales, las reducciones fiscales o los incentivos para fomentar la natalidad, etc. Se trata pues del ejercicio de un poder coextensivo con la vida, insertado en el cálculo de gobierno como concepto central de la política, y compuesto tanto por el dispositivo disciplinario (la *anatomopolítica del cuerpo humano*) como por los mecanismos de seguridad o regulación (la *biopolítica de las poblaciones*). Como veíamos en el artículo de Christian Laval, la organización capitalista del trabajo, basada en la disciplina, el orden y la repetición, sostenida en buena medida en el desarrollo de las disciplinas perfeccionadas en las instituciones de encierro, desplazaba aún más si cabe a los individuos portadores de deficiencias físicas del centro del sistema. Y todo ello en el momento donde ese *dispositivo disciplinario* vendría a completarse con los *mecanismos de seguridad* encargados de regular los procesos biológicos de conjunto, conformando el nuevo *poder biopolítico sobre la vida*. Así configurado, todos los factores que van a permitir el *nacimiento de la discapacidad* han sido ya alineados, y es precisamente en ese lapso comprendido entre inicios del siglo

XIX y comienzos del XX, cuando podemos marcar el momento de la *invención de la discapacidad*. Momento en el que emerge una verdadera preocupación médica, económica, política y social sobre las personas portadoras de deficiencias físicas, individuos supuestamente incapaces de aportar su esfuerzo a la grandeza de la patria, de nutrir las fábricas, de defender las fronteras. Momento también en que se certifica la formación del *modelo médico o rehabilitador de la discapacidad*, el cual podría ser definido como el conjunto de técnicas y acciones médicas, terapéuticas, sociales y profesionales orientadas a la recuperación individual y social del discapacitado, y que se opone al actual *modelo social de la discapacidad*. Fue entonces cuando la discapacidad se sitúa, como ya lo había hecho la sexualidad desde el siglo XIX, en el centro mismo de las estrategias biopolíticas en su doble dimensión individual (disciplinaria) y colectiva o poblacional (regulatoria). Son estas acciones biopolíticas sobre las personas portadoras de deficiencias físicas las que han contribuido a la creación en las últimas décadas de una cierta *subjetividad del discapacitado*, es decir, una determinada concepción de sí mismos, de los demás y del mundo al que las personas con discapacidad han tenido que amoldarse.

El artículo de **Ricardo Campos**, titulado con cierta ironía, "Utilizar con moderación. Sobre la pertinencia y límites de la obra de Michel Foucault", propone la presentación de sus investigaciones históricas relacionándolas con el uso, utilidad o limitaciones de las herramientas foucaultianas. Reconoce que su acercamiento al autor francés es laxo y crítico, más que militante; y su posición discurre entre el uso moderado de las herramientas foucaultianas y la crítica suscitada por sus limitaciones. En principio, y pese al malestar que el autor francés suscitaba entre los historiadores, reconoce que Foucault era "un historiador incontestablemente original² al que había que escuchar, indicando que una de sus virtudes era que daba "a los historiadores ideas de trabajo". Esta afirmación encierra una tensión común a muchos historiadores respecto a la obra de Foucault. El motivo de la indagación histórica de Campos estriba en cómo se ha configurado históricamente el sujeto peligroso y el papel activo de la psiquiatría y el derecho en la misma al percibirse el desplazamiento del foco de atención del acto al sujeto. Reconoce que la metodología de Foucault le ha resultado de gran utilidad para el análisis de las fuentes, en especial sus consideraciones sobre la doble codificación de la locura como enfermedad y peligro y las referidas a la función de los peritajes psiquiátricos en la identificación entre locura y peligrosidad. Pero también ha procurado rehuir de dos peligros. En primer lugar, del desarrollo teleológico del problema de la peligrosidad, algo frecuente y quizá inconsciente en los trabajos de corte foucaultiano. Campos también ha evitado la historia sin sujetos, dominada por la caracterización de dispositivos disciplinarios, por la "microfísica del poder", y en definitiva el desentendimiento del papel y las motivaciones de los diferentes agentes sociales en cada momento. En su experiencia como historiador destaca cómo los peritajes psiquiátricos de finales del XIX, insertos en el paradigma de generacionista, entroncan con los elementos infraliminares de Foucault al vincular la locura con la herencia patológica, los estigmas físicos y los desequilibrios psíquicos; y lo

mismo cabe decir en el ámbito de los expedientes de peligrosidad en las leyes del siglo XX. Sin embargo, los argumentos foucaultianos con relación a los peritajes, a la doble codificación de la locura como peligro y enfermedad, y a la naturaleza y expresiones de la locura están muy centrados en los aspectos disciplinarios y en el poder, olvidando las motivaciones (profesionales, políticas, ideológicas) de los agentes implicados. Desde la perspectiva de Campos resulta imposible explicar la realidad española de este periodo en materia de peligrosidad remitiendo únicamente a cuestiones como el control social, la biopolítica, la sociedad disciplinaria, las modalidades de castigo, etc., conceptos utilizados en infinidad de trabajos, pero muchas veces sin una definición precisa. Le resulta más fructífero conjugar las transformaciones y propuestas en materia penal y psiquiátrica con los cambios políticos, los posicionamientos ideológicos, los proyectos de modernización, las demandas profesionales o las convulsiones sociopolíticas y las políticas sociales de la época. A su juicio, es preciso incorporar a los sujetos que desempeñaron un papel activo en el desarrollo de las políticas penales, psiquiátricas y de las novedosas doctrinas que las sustentaban. Como conclusión, argumenta que la obra de Foucault, debido a sus decisiones metodológicas (la consideración secundaria de la contextualización política, la escasa atención a los sujetos, la disolución del poder en un entramado de discursos y prácticas capilares, sin referencia al Estado), acaba por limitar del análisis histórico.

Por otra parte, Campos destaca que las turbulentas relaciones entre psiquiatría y derecho no fueron lineales ni impersonales. Así pues, enfocarlo exclusivamente desde una perspectiva disciplinaria, de dispositivos del poder, expulsando a los sujetos protagonistas de estas, o sin tener en cuenta sus ubicaciones ideológicas, profesionales, sus relaciones personales, las redes científicas en las que se inscriben, etc., puede conducir a una interpretación de la historia paradójicamente ahistórica. La debilidad institucional y profesional del alienismo en España, así como el desinterés de la administración por la creación de una red asistencial pública es muy evidente hasta al menos la primera década del siglo XX. Por ello, la consideración de Foucault de que el éxito de la psiquiatría en los tribunales de justicia se debió a que funcionaron como una forma de higiene pública, es difícil de sostener en el caso español durante el siglo XIX. Frente a la idea de la existencia de un "orden psiquiátrico" entendido como una organización coherente del dispositivo asilar y la psiquiatría, propuesta por Castel, cabe avanzar muchos matices y considerar que esa noción se ha puesto en duda, tanto en el caso francés como en el español. Más bien ocurre que el desorden, la ausencia de planificación y la incapacidad o desinterés del poder político para dotar de los medios necesarios a la red asistencial parecen dominar sobre el presunto orden psiquiátrico. De ahí la necesidad de relativizar dicha noción en cuanto utilidad como herramienta analítica, por al menos cuatro motivos: 1) su utilización de la historia para fines no históricos; 2) una lectura de las fuentes utilizadas de manera demasiado literal, dando por hecho que los deseos e ideas expresadas en las mismas constituyen la realidad; 3) los análisis de las diferentes ideas y sensibili-

dades en torno al manicomio y la asistencia psiquiátrica reducidas a la lógica de la represión y el control social, impidiendo trazar los procesos de debate y negociación social y política; y 4) un relato demasiado apegado a las ideas de control, poder y normatividad que supone el destierro de los locos.

El artículo de **Antonio Campillo**, "Ser justo con Foucault: de la genealogía de la modernidad a la geohistoria del Antropoceno", recomienda utilizar lo que nos parezca valioso de la metodología foucaultiana, desarrollando lo que nos resulte insuficientemente elaborado y cuestionando lo que nos parezca equivocado. Asume que ese difícil equilibrio ético e intelectual es el que él mismo ha tratado de mantener con la obra de Foucault durante su trayectoria intelectual, dando cuenta de ese diálogo crítico a través de un recorrido a un tiempo cronológico y temático de su propia obra. Es relevante reivindicar con el pensador francés la crítica histórico-política de la época propia como la tarea de la filosofía, o al menos de una cierta tradición filosófica. Y para ello Campillo ha adoptado como clave interpretativa la idea de "variación", la cual guarda una estrecha relación con el concepto de "diferencia" desarrollado por Foucault entre otros. También destaca cómo, junto a la crítica de la concepción evolutiva y eurocéntrica de la historia, otra gran aportación foucaultiana es su epistemología política, y en concreto su análisis sociohistórico de las relaciones entre los saberes expertos y los poderes sociales. Foucault cuestionó la "hipótesis Platón", es decir, la separación jerárquica entre la filosofía y la política, el saber y el poder, adoptando en su lugar la "hipótesis Nietzsche", es decir, el vínculo inseparable entre el conocimiento y la moral, la voluntad de verdad y la voluntad de poder.

Para Campillo, si las ciencias humanas están ligadas a unas tecnologías biopolíticas que persiguen el control de los sujetos vivientes, las ciencias naturales están ligadas a unas tecnologías ecológicas que persiguen el control del espacio vital. Ambos tipos de tecnología tienden a ajustarse entre sí, mediante saberes/poderes híbridos que hacen posible el control de los sujetos a través del espacio y el control del espacio a través de los sujetos que habitan en él. En esa cuestión crucial, a Campillo le parece más acertada la posición de Derrida: el hecho de que Foucault reduzca todas las relaciones sociales a relaciones de poder, de fuerza o de gobierno, y que en cambio ignore o menosprecie las relaciones de responsabilidad y todos los fenómenos relacionados con ella (culpa, deuda, gratitud, promesa, respeto, amor, solidaridad, justicia, etc.), supone un importante déficit de su teoría social. Por eso, en varios trabajos Campillo ha procurado analizar y reivindicar el vínculo inseparable entre el poder y la responsabilidad, tanto en las relaciones micropolíticas que hacen posible la "invención del sujeto", como en las relaciones macropolíticas que permiten la constitución y articulación de las distintas instituciones sociales. También cuestiona el uso inflacionario y muy poco riguroso del término "biopolítica", convertido a su juicio en un comodín susceptible de nombrar cualquier tipo de fenómeno histórico-político. Como indica el título, para "ser justos con Foucault" conviene que el uso de los conceptos esté sometido a una rigurosa contrastación con las investi-

gaciones empíricas sobre los acontecimientos histórico-políticos nombrados por esos conceptos, y que estas investigaciones, a su vez, se sometan al examen crítico de los conceptos que ponen en juego. La gran relevancia de la obra de Foucault se debe precisamente al hecho de haber practicado este diálogo entre la filosofía y las ciencias histórico-sociales. Por último, destaca que el enfoque "genealógico" de Foucault es claramente sociocéntrico, así que no basta para comprender los cambios ecosociales de nuestro tiempo; para seguir siendo útil, debería ser corregido y complementado con un enfoque "geohistórico".

Por su parte, el trabajo de **Cristina Catalina**, "Reflexiones sobre las herramientas de Michel Foucault para el análisis del pastorado eclesiástico en la época medieval", procede a realizar un uso *heurístico* (Vázquez García, 2021: 26) del andamiaje conceptual de Foucault. Tomando como objeto de análisis la idea de poder pastoral, la autora trata de mostrar el alcance y las limitaciones que tiene esta conceptualización para el estudio de los procesos que tuvieron lugar, en la Edad Media, en el gobierno de la Iglesia romana y la cura de almas. Aquí, como en otros artículos anteriores del monográfico, no se trata de reconstruir los pasos llevados a cabo por Foucault, sino de poner a prueba, a través de una estimación de la racionalidad salvífica del poder pastoral en la época medieval, la capacidad del enfoque foucaultiano para captar "*la especificidad medieval de la novedosa forma de judicialización, territorialización y centralización de la administración pastoral*".

Para ello la autora procede a una meticulosa disección de los intereses que articulan el enfoque metodológico de Foucault. Conducido por un enfoque genealógico, que busca pensar el pasado desde la preocupación por la constitución del presente, el pastorado medieval aparece, en la visión foucaultiana, como un fenómeno que contribuye a dilucidar la conformación de un aspecto fundamental para la comprensión del presente. En concreto, para comprender la racionalidad del gobierno liberal, que procede a partir de la conducción de las conductas sobre la base de la libertad. Sin embargo, es este principio rector de análisis, según la autora, el que arrastra una serie de limitaciones a la hora de comprender las formas específicas de la conducción de las conductas del pastorado medieval. En efecto, al reflejarlo únicamente como una matriz intelectual de las racionalidades liberales, Foucault no acierta a desentrañar las consecuencias prácticas de la ratió específica a la que responde el pastorado medieval, que conlleva formas de sociabilidad y subjetividad propias de una época. No entiende, en definitiva, que el hecho de que el pastorado medieval esté atravesado por una racionalidad salvífica (y no una economía política) es lo que permite explicar que la institución eclesiástica, como gestora de los bienes espirituales, acometa un proceso novedoso y autónomo de juridización de su propio gobierno desde la lógica misma de la racionalidad pastoral.

En otro orden de cosas, se sitúa el artículo de **Diego Delgado Pastor**, "La medicalización de la infancia como optimización de la fuerza laboral en España. Higienismo, pobla-

ción infantil y biopolítica (1800-1850)”, quien haciendo uso del enfoque arqueo-genealógico busca sumergirse en las primeras campañas de moralización de las clases trabajadoras en la España de comienzos del siglo XIX. Su propósito se enmarca así dentro de lo que Vázquez García (2021: 33) denomina “uso programático” del instrumental foucaultiano, al aplicar su investigación a problemáticas que el propio Foucault abordó, pero en espacios geográfica y culturalmente diversos. En concreto, el autor nos sitúa ante las primeras campañas de medicalización dirigidas al cuidado de la población infantil. Surgidas al calor de un sistema económico novedoso, en el que la producción de riqueza está ligada a la fuerza de trabajo y a la mejora de las condiciones que aseguran su reproducción, las campañas se dirigían precisamente a quienes todavía no estaban en condiciones de trabajar, pero sí podían sufrir las malas influencias —físicas y morales— derivadas del pauperismo. Así, debido a su elevado margen de influencia, debido a su eventual exposición a modelos negativos de salud y conducta, la infancia se convertía en un campo de atención e intervención permanente, ya que se instaló la idea de que cualquier forma de degradación física y/o moral contraída en ese periodo corría el riesgo de cronificarse e incluso degenerar. Y por tanto, de afectar a su optimización productiva a medio y largo plazo. De ahí, como argumenta el autor, el despliegue de todo un campo de saber (alienismo, pediatría, puericultura, pedagogía, medicina, estadística) preocupado por fiscalizar e intervenir permanentemente la situación socio-sanitaria (calidad del aire y del agua, la alimentación, la talla y el peso, degradación moral) de las poblaciones infantiles. Todo ello, además de mejorar las condiciones que aseguraban la reproducción saludable de la infancia, requisito para su eventual optimización productiva, también permitía que tales discursos funcionasen como un “saber policial”, al detectar el “ilegalismo” ahí donde todavía no se ha manifestado, pero está en proceso de gestación (vida irregular, onanismo, suciedad física, degradación del espacio familiar, etc.).

Sin embargo, el autor no se queda ahí. Junto a la proliferación, a nivel discursivo, de nosografías y discursos referidos a la infancia, también advierte un cambio en las tecnologías de gobierno de las poblaciones-objeto. En efecto, una vez detectados los focos de morbosidad infantil, la terapia higienista no busca intervenir directamente sobre el cuerpo de la población, sino que opera indirectamente a través de la acción de las familias. Son ellas (y no la intervención directa del Estado) las que deben velar por el fiel cumplimiento de las normas (educativas, higiénicas, morales, sexuales) que aseguran la regulación de los procesos patológicos (físicos y morales) que le afectan en privado. El objetivo es que sea el propio núcleo familiar el que haga suyas las estimaciones, las fobias y las preocupaciones de los juicios y las normas higienistas, lo que presupone un tipo de tecnología de gobierno que opera, en cierto modo, interviniendo en la representación que los gobernados hacen de sus intereses. Una estrategia, como se sabe, menos directa, pero que, sin embargo, acabó por colonizar (y convertir en observatorio permanente) un espacio que hasta ese momento había permanecido ajeno a la mirada del Estado: el espacio del santuario familiar. Es el tiempo de los Monlau, los Méndez-Álvaro y toda la

legión de expertos (médicos, higienistas, alienistas) y políticos liberales (Cabarrús) que veían en las poblaciones proletarias una materia a gestionar y administrar de acuerdo con la optimización productiva.

El artículo de **Patricia Amigot Leache** y **Laureano Martínez Sordoni**, “Procesos de (auto)subjetivación en la trama neoliberal: una aproximación a las técnicas de sí y sus condiciones de posibilidad”, reivindica con otras palabras la necesidad de acometer un uso *fragmentario* (Vázquez García, 2021: 23-25) de las herramientas foucaultianas, especialmente cuando la pesquisa versa, no tanto en subrayar la centralidad de las prácticas de sí en la época neoliberal, sino en indagar cuáles son sus condiciones de posibilidad. Esta cuestión, que enhebra el hilo del texto, solo puede ser adecuadamente respondida desde la perspectiva de un enfoque que combine a la vez las técnicas de sí contemporáneas, entendidas como intervenciones que el sujeto hace sobre sí mismo y que le incitan a resignificar su identidad como una dimensión subjetiva a capitalizar, con otras referencias teóricas diferentes, pero no incompatibles, tales como el enfoque psicosocial del mundo laboral, el análisis de la “vectorización” de los afectos sociales de Frédéric Lordon, el dispositivo *rendimiento/goce* de Dardot y Laval, o incluso las potencialidades críticas suscitadas por el sujeto barrado de Lacan. Un enfoque, en definitiva, que, lejos de limitarse a mostrar la manera en que el sujeto es alentado a implicarse en su autoproducción, busca insertar esta lógica dentro del marco de interacciones sociales suscitado por la reestructuración de las lógicas de organización y gestión laboral. Pues son estas últimas, las que configuran, a juicio de las/os autoras/es, un “poderoso espacio subjetivador, en cuyo seno se activan prácticas de sí (...) experimentadas de forma ambivalente, sea como autoexplotación entusiasta, sea con distancia pragmática, con malestar escéptico o impotencia corrosiva”.

Es así como debe entenderse la presencia cada vez mayor, en el ámbito laboral, de ciertas tecnologías de gestión y control flexible: la proliferación de protocolos, las técnicas de evaluación, los ránquines o el *benchmarking*, son solo algunos de los procedimientos que reticulan el marco en el que los sujetos modulan sus conductas y se ven obligados a actuar sobre sí mismos en clave de auto-capitalización permanente. Así, por detrás de la retórica de la desujeción y la interpelación a autoproducirse libremente, se esconde toda una proliferación de controles y mecanismos de cuantificación difusa que objetivan y evalúan el rendimiento y la (auto)capitalización de los individuos, y que funcionan al mismo tiempo como vectores materiales que van a dar forma a la experiencia subjetiva. En todo ello, además, desempeña un papel especial el gobierno de las emociones, ya que son ellas y su “correcta” conducción las que suscitan una adhesión entusiasta al trabajo sobre sí que se requiere en el mundo laboral, por ejemplo para autoexplotarse.

Por último, el artículo plantea una reflexión final sobre la dificultad de articular resistencias al imperativo neoliberal: ¿cómo resistir ante este mandato de gestión del sí mis-

mo acorde con la lógica de los procesos productivos en el capitalismo contemporáneo? Desde luego, las/os autoras/es no aportan —ni pretenden— recetas mágicas ni soluciones de conjunto, pero una cosa es clara: la apelación hegemónica a desujetarse de todo constreñimiento —que nada impida la autorrealización— no constituye, en el orden actual de cosas, una verdadera alternativa. Al contrario, esta perspectiva no hace más que intensificar paradójicamente el alcance de las lógicas de gobierno que se filtran como modulación del espacio subjetivo. Por eso, es preciso apelar en su lugar al reconocimiento de la interdependencia humana y la crítica de las relaciones de explotación y autoexplotación actuales, por mucho que apelen al desarrollo individual, la autopromoción o el despliegue de un yo verdadero. En definitiva, la resistencia pasa por activar prácticas y espacios comunes que funcionen de acuerdo con parámetros ajenos a la mercantilización y la rentabilidad económica.

En una línea de argumentación similar, si bien con algunas diferencias, se sitúa el artículo de **Óscar Sáez Francisco**, “Dispositivos gubernamentales y procesos de mercantilización del bien común en una incubadora de emprendedores sociales”. Utilizando el marco de reflexión foucaultiano, que concibe el neoliberalismo como un modelo de gestión empresarial del propio individuo, el autor busca testar esta hipótesis tomando como punto de partida los proyectos de emprendimiento social desarrollados en una incubadora de emprendedores sociales de la ciudad de Madrid. Su objetivo no es meramente descriptivo, sino que a partir de los datos recogidos en una investigación etnográfica busca analizar el modo en que los marcos normativos neoliberales (reducción de las estructuras jerárquicas, autorregulación de las conductas, adhesión entusiasta al trabajo sobre sí, la autocapitalización permanente, etc.) se plasman en la configuración de los proyectos de emprendimiento social.

El artículo comienza recordando los cambios que se han producido en las dinámicas de trabajo de la empresa post-fordista. La referencia a la obra de Boltanski y Chiapello (2002) es, en este punto, una constante. Pero en lugar de profundizar en las características técnicas de tales dinámicas, el autor prefiere recalcar el hecho de que las formas de gestión de la empresa post-fordista son, en realidad, las que favorecen la construcción de la subjetividad emprendedora, las que impulsan, por así decir, un escenario que induce al sujeto a responsabilizarse unitariamente de los rendimientos productivos y a implicarse en su autopromoción como un capital permanente. Tal es el contexto en el que emerge la figura del emprendimiento social; una figura, desde luego, innovadora pero con evidentes dificultades de definición, ya que conjuga lógicas irreconciliables y es objeto de reivindicación por actores con intereses en conflicto. Por un lado, los emprendedores sociales, que lo consideran una forma de revertir las lógicas perversas del capitalismo. Por otro lado, la empresa privada, que ve en ello una ocasión para encontrar nichos de mercado, o incluso el propio Estado, quien considera esos proyectos como un pretexto para promocionar el trabajo autónomo, flexibilizar el mercado, delegar sus competencias y facilitar la contratación.

Dicho esto, el autor pasa a explicitar las técnicas (observación participante, entrevistas semiestructuradas) que han guiado su investigación etnográfica. Como se ha dicho antes, la finalidad no es simplemente descriptiva, sino que busca analizar el modo en que estos espacios implementan una serie de dispositivos orientados a la transmisión del *ethos* neoliberal a través de la promoción del emprendimiento. Significativas a este respecto son por ejemplo las descripciones llevadas a cabo sobre la distribución del espacio y la gestión del tiempo que tiene lugar en esta incubadora de emprendedores. Más allá de la sensación de libertad que puedan suscitar en el usuario, el autor busca interpretar ciertas características (cristaleras y salas diáfanas, dispositivos de huella dactilar, autogestión para organizar la jornada de trabajo, etc.) como rasgos que operan en la producción de subjetividades propias de las formas de gobierno neoliberales, es decir, elementos que inducen a la autorregulación de las conductas en múltiples aspectos, pero también a la individualización y la autorresponsabilización del trabajador con respecto a sus rendimientos productivos. Finalmente, el artículo revela la deuda que los proyectos de emprendimiento social contraen con las lógicas de rendimiento y la competitividad mercantil; por mucho que los emprendedores sociales presenten sus proyectos (culturales, medioambientales, sociales) como una forma de revertir las lógicas perversas del sistema capitalista, tales proyectos fían su viabilidad a estrategias de financiación emitidas por empresas privadas que buscan rentabilidad y potencial de crecimiento a sus negocios. La conclusión es que la causa social que había movilizado originalmente el proyecto emprendedor funciona en realidad como un reclamo comercial para movilizar el consumo de un público determinado, con cierto nivel adquisitivo y un capital cultural elevado.

Por último, el monográfico acaba con una extensa entrevista a dos de los investigadores más relevantes en la difusión y la aplicación de la metodología y el pensamiento foucaultiano: **Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela**. La entrevista comienza recordando sus años como estudiantes en el París de los años setenta, para proseguir después con cuestiones que atañen al tipo de acercamiento que tuvieron con la obra del pensador francés. Si bien reconocen que no fueron los primeros en introducir la obra de Foucault en España, no obstante se adscriben desde el comienzo a una lectura "productiva" del mismo, según la cual lo importante es saber no solo lo que un autor dice sino reconocer también las funciones sociales que derivan de lo que dice. Es solo desde esta perspectiva que los trabajos y las trayectorias de investigación de los entrevistados se vuelven inteligibles. Pero la entrevista también se sumerge en la función que ambos han desempeñado en el panorama de la edición intelectual en las últimas dos décadas del siglo XX. Primero, como directores de la célebre colección "Genealogía del poder", en la editorial *La Piqueta*, donde editaron materiales inéditos de Foucault así como trabajos de investigadores con influencia foucaultiana. Y después, e incluso en paralelo, como miembros del comité de redacción de la revista *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* y otras editoriales como *Morata*. Finalmente, la entrevista acaba con una reflexión a pro-

pósito de la finalidad del trabajo intelectual en el mundo contemporáneo. Sin ofrecer una respuesta clara a esta pregunta, ni recetas de conjunto, los autores sí apelan al menos a la necesidad de articular estrategias colectivas de investigación, que busquen suscitar la imaginación sociológica por medio del debate interno y la interdisciplinariedad, y no a través de la imitación o los comentarios escolásticos.

Referencias bibliográficas

Boltanski, Luc y Éve Chiapello [1999] (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal Ediciones.

Bourdieu, Pierre [1997] (1999). *Meditaciones pascalianas*. Anagrama.

Cusset, François (2008). *French Theory, Foucault, Derrida, Deleuze & cia. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*. Melusina.

Foucault, Michel (1972). Les intellectuels et le pouvoir (entretien avec Gilles Deleuze). En *Dits et écrits II. 1970-1975* (pp. 306-315). Gallimard.

Passeron, Jean-Claude [1991] (2011). *El razonamiento sociológico: el espacio comparativo de las pruebas históricas*. Siglo XXI.

Revel, Jacques (1979). Histoire et sciences sociales: les paradigmes des Annales. *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 34(6), 1360-1376.

Vázquez García, Francisco (2021). *Cómo hacer cosas con Foucault. Instrucciones de uso*. Dado Ediciones.